Pesadillas®

PELIGRO en las PROFUNDIDADES

R. L. STINE

PRIMER CAPÍTULO

Editorial Hidra

1

Ahí estaba yo, a sesenta metros bajo el mar. Ante el mayor reto de vida. Capturar a la Gran Raya Blanca.

Así es como la llamaban los guardacostas, pero yo la llamaba Joe.

La gigantesca raya había picado a diez bañistas ya. A la gente le daba miedo meterse en el agua y el pánico se había extendido por toda la costa. Por eso me habían llamado a mí, William Deep hijo, de Baltimore, Maryland. Sí, William Deep hijo, el famoso explorador marino de doce años, capaz de resolver cualquier problema del océano.

Capturé al Gran Tiburón Blanco que merodeaba por Myrtle Beach aterrorizando a la gente y demostré que no era para tanto. Luché contra el pulpo que se merendó a todo el equipo profesional de surf de California. Derroté a la anguila que causaba apagones en Miami con sus ondas eléctricas. Y ahora tenía que enfrentarme al mayor desafío de mi vida: Joe, la Gran Raya Blanca.

Tenía todo lo necesario: traje de submarinismo, aletas, gafas, bombona de oxígeno y un arpón con la punta envenenada.

Un momento, ¿se había movido algo? ¿Detrás de esa almeja gigante?

Levanté el arpón y esperé, listo para atacar. De repente, se me empañaron las gafas.

No podía respirar. Traté de coger aire, pero no me llegaba.

¡La bombona de oxígeno! ¡Seguro que alguien la había manipulado! No había tiempo que perder. A sesenta metros bajo el mar, ¡y sin aire! Tenía que salir a la superficie, ¡rápido!

Moví con fuerza las piernas, tratando de llegar a la superficie. Aguanté la respiración y sentí que me iban a estallar los pulmones. Estaba quedándome sin fuerzas, mareándome.

¿Lo lograría? ¿O iba a morir en las profundidades del mar, devorado por Joe la Raya?

El terror se apoderó de mí. Busqué a mi compañera, tratando de ver a través de las gafas empañadas. ¿Dónde estaba cuando la necesitaba?

Por fin la vi, saliendo a la superficie, cerca del barco.

«¡Ayúdame! ¡Sálvame! ¡No me queda aire!», intenté decirle, moviendo las manos como un loco.

Por fin me vio, nadó hasta mí y arrastró mi cuerpo casi inmóvil y débil hacia la superficie. Me deshice de las gafas y tomé unas cuantas bocanadas de aire.

—¿Qué te pasa, chico pez? —gritó—, ¿te ha picado una medusa?

Mi compañera es muy valiente, se ríe del peligro en su cara.

Traté de recuperar el aliento.

—Me he quedado sin aire. Alguien… ha vaciado… la bombona…

Y todo se volvió negro.

2

Mi compañera me metió la cabeza de nuevo bajo el agua. Abrí los ojos y asomé escupiendo.

—Vamos, Billy —dijo—. ¿Es que no sabes bucear sin hacer el tonto?

Suspiré, no me parecía para nada divertido.

Mi «compañera de buceo» era en realidad la mocosa de mi hermana, Sheena. Yo solo quería hacer de William Deep hijo, el explorador marino. ¿No podía Sheena seguirme el juego por una vez?

De hecho, mi nombre sí que es William Deep hijo, pero todo el mundo me llama Billy. Tengo doce años, creo que ya lo he dicho.

Sheena tiene diez años. Se parece a mí: ambos tenemos el pelo oscuro y liso, aunque el mío es corto y a ella le llega por los hombros. Los dos somos delgados, tenemos las rodillas y los codos huesudos y pies grandes y finos.

Ambos tenemos los ojos azul oscuro y unas cejas gruesas y negras. Aparte de eso, no nos parecemos en nada.

Sheena no tiene imaginación. Nunca le dieron miedo los monstruos del armario cuando era pequeña. No creía en Santa Claus ni tampoco en el Ratoncito Pérez. Le encanta decir que no existen esas cosas.

Me metí bajo el agua y le pellizqué la pierna. ¡El ataque del Gigantesco Hombre Langosta!

—¡Para! —me gritó, y me dio un golpe en el hombro. Salí a tomar aire.

—Eh, vosotros dos —nos llamó mi tío—. Tened cuidado.

Mi tío estaba en la cubierta del laboratorio marino que era su barco, el *Cassandra*. Nos echaba un vistazo mientras Sheena y yo buceábamos por los alrededores. Se llama George Deep, pero todo el mundo lo llama doctor D. Hasta mi padre, que es su hermano, le llama doctor D. A lo mejor es porque tiene pinta de científico.

El doctor D es bajo, delgado, lleva gafas y también es muy serio, siempre tiene un semblante pensativo. Tiene el pelo castaño y rizado, y una calva en la parte de atrás de la cabeza. Cualquiera que lo viera adivinaría que es un científico.

Sheena y yo estábamos con el doctor D en el *Cassandra*, pues todos los años nuestros padres nos mandan a pasar las vacaciones de verano con él, que es muchísimo mejor que quedarse en casa.

Este verano estábamos en una pequeña isla llamada Ilandra, en el Caribe.

El doctor D es biólogo marino y está especializado en la vida marina tropical. Estudia los peces tropicales y busca nuevos tipos de plantas y peces que aún no se hayan descubierto.

El *Cassandra* es un barco grande y recio de unos quince metros. El doctor D utiliza la mayoría del espacio como laboratorio y salas de investigación. En la cubierta está el puente de mando, que utiliza para manejar el barco. A estribor, es decir, en el lado derecho de la cubierta, hay una lancha salvavidas, y a babor, en el lado izquierdo, un enorme tanque de cristal.

A veces, el doctor D coge peces grandes y los deja un tiempo en el tanque, normalmente, lo bastante como para investigarlos o para cuidarlos si están enfermos o heridos.

El resto de la cubierta es todo espacio abierto, perfecto para jugar o para tomar el sol.

El doctor D viaja por todo el mundo para llevar a cabo sus investigaciones. No está casado ni tiene hijos. Suele decir que los peces lo mantienen demasiado ocupado.

No obstante, le gustan los niños, por eso nos invita a Sheena y a mí a pasar el verano con él todos los años.

—No os separéis, chicos —nos dijo—. Y no nadéis muy lejos. Sobre todo tú, Billy.

Me miró con los ojos entrecerrados. Esa es su mirada de «lo digo en serio». Nunca mira con los ojos entrecerrados a Sheena.

—Han informado de que ha habido avistamientos de tiburones en la zona —dijo.

—¡Vaya, tiburones! —exclamé.

Mi tío frunció el ceño.

—Billy, esto es serio. No te alejes del barco. Y no te acerques al arrecife.

Sabía que iba a decir eso.

Clamshell Reef es un extenso arrecife de coral rojo que está a unos pocos cientos de metros de donde estábamos nosotros. Cada vez que íbamos allí, me moría por explorarlo.

—No te preocupes por mí, doctor D —le dije—. No voy a meterme en problemas.

—Ya, claro —murmuró Sheena entre dientes.

Estiré el brazo para pellizcarla otra vez, pero se zambulló bajo el agua.

—Bueno —prosiguió el doctor D—, no olvidéis que no debéis chapotear en el agua si veis la aleta de un tiburón, pues el movimiento lo atraería. Lentamente y con brazadas firmes, volvéis al barco.

—Vale —dijo Sheena, que había aparecido tras de mí salpicando como una loca.

No podía evitar emocionarme, siempre había querido ver un tiburón de verdad. Los he visto en los acuarios, pero ahí están encerrados en tanques de cristal, donde solo pueden nadar tranquilamente, totalmente inofensivos. No es para nada divertido. Quería ver la aleta de un tiburón en el horizonte, flotando sobre el agua, acercándose, acercándose más, dirigiéndose hacia nosotros… En otras palabras, quería aventuras.

El *Cassandra* estaba anclado en mar abierto, a pocos metros de Clamshell Reef, el arrecife que rodeaba la isla. Entre el arrecife y la isla había una bonita laguna.

Nada evitaría que explorase esa laguna, me daba igual lo que dijera el doctor D.

—Vamos, Billy —me llamó Sheena, colocándose bien las gafas—. Vamos a ver ese banco de peces.

Señaló un punto donde se formaban unas diminutas ondas en el agua, cerca del barco. Se introdujo el tubo en la boca y metió la cabeza en el agua. La seguí de inmediato.

Sheena y yo nos encontrábamos rodeados de cientos de diminutos peces de color azul fosforito. Siempre me sentía como si estuviera en un mundo lejano cuando nadaba bajo el agua. Con el tubo de buceo podría quedarme a vivir con los peces y los

delfines. Puede que después de un tiempo me salieran aletas.

Los pececitos comenzaron a alejarse y los seguí, ¡eran magníficos! No quería que se alejaran. De pronto, salieron disparados y desaparecieron de mi vista. Intenté seguirlos, pero eran demasiado rápidos.

¡Se habían desvanecido! ¿Los había asustado algo?

Miré a mi alrededor. Una masa de algas flotaba en la superficie. De repente, vi un destello rojo. Me acerqué y a pocos metros delante de mí vi unas masas de coral.

«Oh, no», pensé, «Clamshell Reef. El doctor D me dijo que no llegara tan lejos».

Comencé a darme la vuelta, tenía que volver al barco. Pero, por otro lado, sentía la tentación de quedarme y explorar un poco. Después de todo, ya estaba allí.

El arrecife parecía un castillo de arena roja lleno de cuevas y túneles submarinos por donde entraban y salían pececitos amarillos y azules.

«Podría acercarme y explorar uno de esos túneles», pensé. «¿Serán muy peligrosos?»

En ese momento, algo me rozó la pierna. Sentí un picor y un cosquilleo. ¿Un pez? Miré alrededor, pero no vi nada.

Volví a sentirlo. Un cosquilleo en la pierna. Y después algo me agarró.

Me volví de nuevo para ver qué era, pero, una vez más, no vi nada.

Se me aceleró el corazón. Sabía que lo más seguro era que no fuera nada peligroso, pero quería ver de qué se trataba. Me volví y me dirigí al barco a ritmo rápido, pero algo me agarró la pierna derecha... ¡y no me soltaba!

Me estremecí del miedo y sacudí la pierna tan fuerte como pude.

«¡Suelta! ¡Suéltame!»

No veía nada, y tampoco podía liberarme.

El agua formaba burbujas con mis patadas. Muerto de miedo, saqué la cabeza del agua y lancé un grito:

—¡Socorro!

Pero de nada sirvió. Fuera lo que fuera lo que me tenía agarrado, tiró de mí hacia abajo. Más abajo.

Hasta el fondo del mar.